

no reparen él, ó noten los unos sus defectos, los otros sus errores, y ninguno la buena voluntad de quien le escribió! Vosotros sentireis esta buena voluntad mia, porque no sois críticos, porque no sois el público, ni vereis en este libro una obra literaria. Aceptadle con el corazon como os le ofrezco. Los defectos que tiene son míos: si algo bueno hallais, os pertenece. Yo no hago mas que decir algo de lo mucho que haceis; reflejar imperfectamente vuestras ignoradas virtúdes. Dios señala á cada cual el trabajo segun su fuerza. A los que valeis mas, dice:—Dad altos ejemplos. A los que valemos ménos:—Recoged los altos ejemplos y formad la regla.

CAPITULO PRIMERO.

¿QUÉ ES EL DOLOR?

Hay un enlace tan íntimo entre nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestras acciones; influye tanto lo que pensamos en lo que hemos de hacer, lo que hemos hecho en lo que habremos de pensar y sentir; la idea, el sentimiento, la accion se eslabonan de tal modo para formar un círculo, en que cada fenómeno es á la vez causa y efecto, que no será nunca excesivo el empeño que tengamos en rectificar nuestros errores, á fin de que una idea equivocada no nos conduzca á una accion culpable.

Será muy difícil que al visitar al pobre aliviemos su dolor, consolemos su miseria espiritual y corporal, si ántes no formamos una idea exacta de nuestra posicion respectiva; si no llevamos una humildad y una tole-

rancia sentida y razonada; si no podemos res-ponder con exactitud á estas tres preguntas:

¿Qué es el dolor? ¿Qué es el pobre? ¿Qué somos nosotros? Si damos á cada una de estas preguntas su verdadera respuesta; si la meditamos y nos identificamos con ella, entraremos á visitar al pobre en tal situacion de espíritu, que ocuparemos siempre el lugar que nos corresponde, y haremos todo el bien que debemos hacer.

El dolor no es para las sociedades ni para los individuos un estado transitorio, una consecuencia pasajera de circunstancias especiales ó deplorables errores, sino una necesidad de nuestra naturaleza, un elemento indispensable de nuestra perfeccion moral. Por eso no debemos mirarle como un enemigo, sino como un amigo triste, que ha de acompañarnos en el camino de la vida.

Imaginemos, si es posible, una sociedad sin dolores, y creyendo encontrar una mansion de delicias, hallaremos un pueblo de mónstruos repugnantes. El que no recibe mas que impresiones gratas, se degrada física y moralmente; se envilece sin remedio.

Sin lucha, sin contrariedad, sin abnegacion, sin prueba, sin sacrificio, sin dolor, en fin, no es posible moralidad ni virtud. ¿Quién cambia los groseros instintos en elevados afectos?—El dolor. La amistad, que no existe sino en los amargos dias de prueba; el amor, que se purifica orando junto á un lecho de muerte ó sobre una tumba querida; el afecto maternal, tan sublime en sus temores y en sus penas; el heroismo, que bajo cualquier forma que se le considere se riega con lágrimas ó con sangre; el arrepentimiento, que no existe sin la amargura de la falta; el perdon, que ha saboreado el desconsuelo de la injusticia; todo cuanto hay en el hombre, grande, puro, santo, ¿dónde tiene su origen?—En el dolor. Examinemos bien todo lo que nos interesa, nos conmueve, nos admira, nos entusiasma, y hallaremos en el fondo algun dolor, algun grave dolor con su raíz necesaria.

Por el contrario, el placer, ya lo hemos dicho, enerva y degrada: es un árbol de bella flor y envenenado fruto, cuya sombra es mortal. El que no recibe mas que sensa-

ciones gratas, no sabe pensar ni sentir: no comprende, ni padece, ni ama: no es hombre. Su sér moral carece de un elemento esencialísimo; y despreciable y despreciado, arrastra una vida perjudicial para sí é inútil para los otros.

Hastiado y egoísta, busca el placer como la mariposa la luz en que perece: va apurando una tras otra la copa de todos los deleites y leyendo en el fondo de cada una *vacío, degradacion, ruina*. La miserable naturaleza humana no soporta impunemente la dicha sin contratiempo: el bien sin mezcla de mal, que no corrompa y degrade, no es la felicidad de la tierra, es la bienaventuranza del cielo.

No llevemos, pues, enfrente del dolor una impaciencia hostil, ni la idea de combatirle sino la de consolarle, utilizándole para la perfeccion moral de quien le sufre y de quien le consuela.

El dolor es el gran maestro de la humanidad. ¡Qué leccion tan sublime encierra á veces una lágrima que vertemos ó que enjugamos!

El dolor espiritualiza al hombre mas grosero, torna grave al mas pueril, le aleja de las cosas de la tierra, y parece que le hace ménos indigno de comunicar con Dios.

El dolor levanta al caído, abate al fuerte, confunde al sábio, inspira al ignorante, y establece un lazo de amor entre los que se aborrecian.

El dolor purifica lo que está manchado, santifica lo que es bueno y diviniza lo que es santo. Acostumbrémonos, pues, á mirarle como un poderoso auxiliar, que Dios nos envía para la perfeccion del hombre, como el solo cauterio que puede poner coto á la gangrena de la corrupcion humana.

¿Pero cómo esta corrupcion es tan grande, si el remedio se ve por todas partes con profusion lastimosa? El dolor enseña, purifica y eleva: donde quiera que volvamos los ojos, vemos dolores sin número: ¿cómo, pues, no poseemos todos la verdadera ciencia y somos puros y grandes? ¡Ah! Porque el dolor sin compasion en vez de moralizar deprava; y no es un elemento de moralidad sino á condicion de ser compadecido y con-

solado. Hijo mísero de la tierra, solo enlazado con la caridad que viene del cielo, produce el arrepentimiento y el heroísmo, las lágrimas santas de la gratitud y las de la compasión, que caen como un divino bálsamo sobre las heridas de la humanidad culpable y afligida.

Hemos dicho que en el fondo de todo lo que nos admira y conmueve, hay siempre un gran dolor; ahora debemos añadir, que el dolor, origen de las mas grandes virtudes, suele serlo tambien de los mas horribles crímenes, ¿Cómo así?—Porque le abandonamos á sí mismo, porque le depravamos en el aislamiento, porque le endurecemos con nuestro egoísmo, porque le irritamos con nuestra alegría, y habiéndole recibido de Dios como un medio de perfección, con manos sacrílegas le convertimos en un instrumento de muerte.

Mirad aquellos dos hombres atribulados por el dolor físico ó por el dolor moral: los dos han sido maltratados por la fortuna, ó probados por la Providencia. Al uno desde niño se le trató con dureza; nunca tuvo una

mano que enjugase su llanto, un corazón que fuera el eco de sus penas, una inteligencia que despertara la suya y la elevara á Dios. Todas sus facultades amantes se han embotado por falta de ejercicio; todos sus perversos instintos han adquirido una actividad febril: ha empezado por aborrecer á los que eran duros con él, y ha concluido por aborrecernos á todos. La dureza de los otros le ha petrificado, no hay en él ni gratitud ni compasión: si quereis hacerle bien, os insulta; si hablarle de Dios, blasfema. El otro tuvo quien le compadeciera y le exhortara á sufrir con paciencia por amor de Jesús, que tanto sufrió por él. Su dolor, siempre consolado, ha hecho nacer en él una resignación dulcísima. Sin apego á las cosas de la tierra, donde tanto sufre, parece no estar en ella sino para dar un sublime ejemplo; y fija la vista en el cielo, bendice sus sufrimientos, y ama con amor y gratitud infinita al que le lleva consuelo.

Estas dos criaturas tan diferentes, habían nacido iguales: el dolor abandonado hizo al uno un monstruo; el dolor compa-

decido hizo un ángel del otro. Sin duda que el hombre puede y debe ser bueno en todas las circunstancias de la vida; pero la humanidad es débil; fuerte la propension al mal, y gravísima nuestra responsabilidad, si pudiendo evitarlo, dejamos al hombre en circunstancias tales, que no pueda salvar su virtud sin heroísmo.

Penetrados de estas verdades, tengamos á la vista del dolor una compasion resignada, que nos aparte de la dureza y de la impaciencia. Miremos las desgracias como otros tantos medios de perfeccion para el que las sufre y para el que las consuela: pensemos con cuánta frecuencia se invierten en la vida los papeles de consolador y consolado, y repitámonos una y mil veces que el dolor comedido purifica, y abandonado deprava.

CAPITULO II.

¿QUÉ SOMOS NOSOTROS?

Si no llevamos al visitar al pobre un espíritu de humildad razonada y sentida, nuestro orgullo se notará sin que nosotros

lo notemos. No hemos de tener el aire de un gran señor, que consiente en descender de su esfera, ni del justo que tolera los defectos del pecador, sino de un hermano colocado por la Providencia en situacion mas ventajosa, que se affige de que su hermano no pueda participar de ella, y quiere prestarle auxilio y consuelo.

Entremos dentro de nosotros mismos antes de entrar en casa del pobre, y preguntémosnos: ¿Qué somos? ¿Qué hemos hecho para merecer nuestra posicion, nuestras riquezas, nuestros honores? ¿Qué hemos hecho para evitar las desgracias ó los estravíos que deploramos en otros? ¿Qué noble empleo hemos dado á nuestra inteligencia, á nuestra riqueza, á nuestro poder? ¿En qué grandes luchas ha triunfado nuestra virtud? ¿Qué grandes sacrificios hemos hecho por los que acusamos? ¿Qué sublimes ejemplos hemos dado á los que intentamos corregir? ¿Qué mérito hay de nuestra parte en no caer en faltas de que no podemos tener ni la tentacion siquiera? Si esto nos preguntamos en el silencio de nuestras pasio-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valeriano y Tolson

nes acalladas; si á esto respondemos en la sinceridad de nuestra conciencia, ¿quién de nosotros se atreverá á levantar la mano para arrojar la piedra de su desden y de su cólera, sobre los míseros, que Dios no colocó tan abajo sino para que los levantásemos! ¿Quién tan desvanecido por la felicidad, que crea merecerla?

Todas las circunstancias que á nuestro parecer nos elevan sobre el pobre, son puramente accidentales. Nuestra fortuna constituye nuestro mérito, y rara vez podemos reclamar otro que el empleo que hagamos de sus dones. ¿Y quién de nosotros se atreverá á reclamarle? ¿Quién hay tan ciego que se atreva á decir á Dios ni á los hombres:—Yo hice todo el bien que podía hacer, yo evité todo el mal que estaba en mi mano evitar? ¿Quién hay que no sea justiciable de alguna de estas dos grandes faltas: hacer verter lágrimas, ó no haberlas enjugado?

¿Qué de causas atenuantes para las faltas del pobre! ¿Cuántas agravantes para las nuestras!

Desde niños aprendemos á conocer á

Dios, á temerle y amarle. Nuestras facultades se educan, nuestros buenos instintos reciben expansion, siendo comprimidos los malos. Tenemos nociones exactas de lo justo y de lo injusto; á nuestros ojos aparece el vicio en toda su fealdad, la virtud en toda su belleza. ¿Cómo, si todo tiende á elevarnos, descendemos tanto? ¿Cómo, entrando en los combates con tantos elementos de victoria, sucumbimos tantas veces? Ante el tribunal de la divina justicia, nuestra causa ha de tener mas difícil defensa que la de *esa gente* objeto de nuestra caridad, muchas veces desdeñosa. Pensemos que la prosperidad se convierte fácilmente en ciego orgullo; que muy solícitos para averiguar si hemos merecido nuestra mala suerte, recibimos la buena como si nos fuera debida. Para entrar en casa del pobre con humildad de corazón y de inteligencia, investiguemos si en su lugar nos conduciríamos mejor que él, y á la vista de sus faltas, de sus vicios, tal vez de sus crímenes, dirijámonos esta pregunta: ¿Los pobres serian lo que son, si nosotros fuéramos lo que debíamos ser?

CAPITULO III.

¿QUÉ ES EL POBRE?

A esta pregunta no formulamos una respuesta categórica; pero rara vez deja de notarse en nuestras palabras y acciones cierto desden hacia los que socorremos; desden que en algunos casos es un matiz casi imperceptible: no está en lo que decimos, sino en el modo de decirlo, en la mímica, en la inflexion de voz, en alguna cosa que se siente, y revela lo superiores que somos, en nuestro concepto, al pobre que visitamos. Bien injustos debemos parecer á los ojos de Dios, bien ridículos á los de la razon, cuando presumimos de gigantes, contando por estatura propia el pedestal en que nos colocó la fortuna.

Todos hemos formulado ú oído formular ciertos cargos contra el pobre, que forma la

base de nuestro credo en la materia, y son el punto de partida de muchas acusaciones injustas, de muchos irrealizables intentos.

El pobre, decimos, falta á la verdad.

Es descuidado.

Es imprevisor.

Es vicioso.

Es ingrato.

Si en vez de decir *el pobre*, dijéramos *la pobreza*, seríamos mas exactos y ménos agresivos; porque los males que están en las cosas hacen pensar en grandes medios para evitarlos, y mandan la tolerancia. Detengámonos un poco en examinar hasta qué punto es responsable el pobre de las faltas que le echamos en cara.

I.

El pobre falta á la verdad.

Un niño tiene hambre, tiene frío; sus padres no pueden darle lumbre ni pan; sale á la calle, alarga la mano, nadie repara en él. Dice que no tiene que comer, todos pue-

den notar que está helado; pero todos pasan sin notarlo. Entónces exagera la verdad como se esfuerza la voz para hacerse oír en medio del tumulto; dice que son seis hermanos, que sus padres están en el hospital, que no tiene ni madre, etc. Pasa uno, no le cree; pasa otro, le da crédito, se mueve á compasion y le socorre. Aprende prácticamente que con la mentira alcanza lo que la verdad no consiguió. La mentira, pues, es un excelente medio, que adoptará sin escrúpulo: sus padres no se lo reprueban; á nadie hace daño con él. . . . miente un día, dos, un año. . . . mentirá toda la vida.

La mentira del pobre es una consecuencia de la dureza del rico, y de su abandono.

Si la desgracia tal como es, sobrado triste en verdad, nos moviera á compasion, no habria objeto en exagerarla; y si fuéramos á verla por nosotros mismos, quitaríamos al infeliz hasta la idea del engaño. Como está seguro que la mentira es lucrativa y que no se averigua la verdad, el pobre miente. En su lugar ¿no mentiríamos nosotros? Hipócrita ó ciego el que lo sostenga.

La mentira y el engaño en el pobre son la trasformación de nuestra dureza: allí podemos estudiarla; está en relieve, deja ver toda su repugnante desnudez. Aceptamos la responsabilidad de las faltas que incitamos á cometer, y en vez de exclamar con altanería—*¡El pobre miente!*—digamos con amargura—*¡Le hemos obligado á mentir!*

II.

El pobre es descuidado.

Para hablar de la miseria con acierto, seria menester conocerla; para conocerla, haberla estudiado. ¿Este estudio quién le ha hecho? Respondemos sin vacilar—Nadie.

El actor del terrible drama no puede hacer mas que sufrir: para los espectadores no hay punto de vista posible desde donde puedan juzgar con acierto. En unos el exceso de la indiferencia, en otros el de la compasion, en todos el de la distancia, no les permite formar una idea exacta.

Nosotros no sabemos lo que es la miseria; ignoramos cómo hace sufrir y sentir, cómo modifica moralmente al desdichado que inmola, y no obstante queremos dictarle leyes, y ¡ay del pobre si no las guarda! ¿Qué diríamos del legislador que formulase un código sin conocer la historia, las costumbres, las leyes anteriores, la religion, el estado social, ni el país que habitaba el pueblo á quien debia regir? Pues ese legislador somos nosotros. Ignoramos lo que es la miseria; pero decimos al miserable:—Obra conforme á tales y tales reglas; de lo contrario, caerá sobre tí el anatema de mi desprecio y de mi abandono.

El descuido del pobre, su dejadez, su falta de aseo, nos parecen harto culpables, y á veces disminuyen nuestra compasion hácia él. Para tal y tal cosa, decimos, no se necesita dinero; un poco de cuidado basta. El pobre ha de ser limpio, porque lo somos nosotros, y tener el propio esmero con sus trapos, que nosotros con nuestras galas: la lógica no parece muy fuerte, pero no gastamos otra. Todos los argumentos que emplea-

mos contra el descuido del pobre, están sacados de nosotros mismos, de lo que nos agrada, nos conviene ó nos obliga. Detengámonos un momento á considerar si pueden ser unas mismas las inclinaciones y los deberes, cuando son tan diferentes las circunstancias.

La limpieza es una cosa muy artificial, y por ella se mide exactamente la civilizacion de un pueblo. Los niños son todos sucios, no hay ninguno que no se impacienta cuando se le asea y no trate de impedirlo: como es débil, sucumbe en la lucha, el hábito triunfa de la inclinacion, y acaba por hacerse limpio. En el pobre no hay esta lucha, ni puede haber este triunfo. Entre otras tristes herencias recibe la de la suciedad y el abandono, estando muy complacido entre la mugre, que nos causa náuseas, y respirando sin disgusto la atmósfera infecta, que nos parece irrespirable: el bienestar que resulta del aseo y del orden, no lo comprende, no le ha gustado jamas. Y luego ¡qué prodigios de esmero necesita para ser limpio el que no tiene mas que alguna ca-

misa haraposa, el que necesita dormir vestido, la madre que carece de ropa para mudar á sus hijos y de jabon y de tiempo para lavarlos! Insensiblemente se cae en el abandono, porque lo que es dificil todos los dias, de hecho viene á no ser posible ninguno.

¿Qué nos sucede á pesar de nuestros hábitos de toda la vida, cuando alguna pena grave nos aqueja? La mujer mas pulera, el hombre mas elegante, ¿no descuidan el atavío de su persona? ¿No tiene la barba crecida, el cabello desordenado, el vestido descompuesto?—¿Cuándo se asean?—Cuando se consuelan, ó se tranquilizan al ménos. Esto nos puede hacer comprender, por analogía, que la miseria que impone privaciones, á que no es posible habituarse, y lleva en pos de sí dolores renovados siempre, pre-dispone á ese descuido, que le echamos en cara, y por el cual mas de una vez nos creamos autorizados para abandonarla. Seamos razonables y justos; y en vez de afirmar con acritud:—*¡El pobre es descuidado*, digamos solamente:—*Es bien dificil que la miseria no lleve en pos de sí la suciedad y el descuido!*

III.

El pobre es imprevisor.

Si formamos una lista de los males que el pobre puede prever, y anotamos en ella los que puede evitar, ó atenuar siquiera despues de haberlos previsto, nos asaltará esta duda. La imprevision ¿es una grave falta, ó una providencial compañera, que velando al pobre los males del porvenir, le deja disfrutar el bien presente?

El pobre no puede realizar economías. Si mantiene y educa á su familia, si coloca en la caja de ahorros algunas cortas cantidades para cuando le falte salud ó le falte trabajo, hace mucho, hace mas que probablemente haríamos en su lugar los que le acusamos con ligereza. Si contempla su vejez, si la considera, debe aparecérselo como un espectro, cuya mirada lúgubre acibare todas sus alegrías. ¿Podrá evitar que sus hi-

jos, formando otra familia, le abandonen? ¿Que teniendo apenas lo necesario, obedezcan al instinto que nos hace atender primero á los que nos deben el sér, que á los que nos lo han dado? ¿Podrá evitar que sus fuerzas físicas se debiliten, y que llegue un dia en que nadie quiera darle un jornal? ¿Podrá evitar la especie de desden con que se mira, cuando la pierde, al que no tiene mas que la fuerza material? ¿Podrá evitar que las enfermedades, compañeras de la vejez y de la miseria, hagan amarguísimos los últimos dias de su vida y apresuren su muerte? Si pensara en el porvenir, ¿podría gozar del presente, ni tener una hora de contento y alegría? Y si todo esto es cierto, ¿debemos acusar al pobre por su imprevision, ó bendecir á Dios que se la envía?

Es incomprendible para nosotros este olvido del porvenir, y hay una fuerte propension á condenar lo que no se comprende. Debemos notar un hecho, cuya analogía podrá ayudarnos á disculpar la imprevision del pobre. Si un hombre inmortal viniera á vivir entre nosotros; si viera

cómo amamos la vida, cómo tememos la muerte, ¿comprendería nuestro contentamiento, sabiendo que son tan contados los dias que hemos de vivir sobre la tierra? Cada uno que pasa nos acerca á la tumba; pasa la niñez y la juventud, somos viejos: la muerte, esa muerte tan temida, está allí á dos pasos; y ó no la tememos, ó no la vemos, y seguimos alegremente nuestro viaje, como si ignorásemos lo que hay al fin de él. Los pobres no piensan en la vejez. Y nosotros, ¿pensamos en la muerte?

Ademas, para que la prevision del pobre dé resultado, debe ir acompañada de una série no interrumpida de privaciones, y al exigírselas, tal vez no hemos calculado bien la fuerza que necesitan, ni si lo que pedimos se halla muy en armonía con la naturaleza humana. Hé aquí una materia en que no es fácil que juzguemos con acierto, porque no podemos tener experiencia propia. No sabemos lo difícil que es quedarse con hambre todos los dias de una semana, de un mes, de un año, para no carecer enteramente de pan al año, al mes, al dia si-

guiente: no sabemos lo que es estar materializados por las ocupaciones y los hábitos de toda la vida, y renunciar al *hecho* de un goce *material presente* por la *idea* de evitar un mal *futuro*; no nos hacemos cargo de que el hombre es antes que todo débil y paciente; con mas aptitud para sufrir los males, que para evitarlos, y que por cada mil que resistan el dolor, apénas habrá uno que resista á la tentacion.

Si consideramos bien todas estas cosas, seremos mas indulgentes con el pobre, comprendiendo que no es muy fácil que se prive de los goces materiales el que no conoce de otros, y cuán difícil es que reserve cada dia una parte del jornal, que íntegro no basta para satisfacer sus necesidades.

Sus necesidades..... entendámoslo bien, porque los pobres están siempre con hambre; y no se entienda que hablamos de los mendigos, sino de los que pueden trabajar, y trabajan. Notemos, si no, que cuando la casualidad ó la compasion, en un dia solemne, dan al pobre todo lo que quiere comer; come cuatro, seis, ocho veces mas de la can-

tidad que constituye su comida ordinaria. Seamos muy circunspectos antes de dirigir al pobre un nuevo cargo, y en vez de acusarle de imprevisor, pensemos que la prevision en él, es en muchos casos de una utilidad harto problemática, y es en todos difícilísima.

IV.

El pobre es vicioso.

El hombre es vicioso en general: los vicios del pobre son mas groseros, están mas visibles, y sus consecuencias, si no mas fatales, son mas ostensibles; por eso se le dirigen cargos mas severos. Seguramente el vicio es odioso donde quiera que esté; pero suele ser mas disculpable allí donde parece mas repugnante.

El vicio de la preponderancia de la materia sobre el espíritu. ¿Y qué hacemos para espiritualizar al pobre, para hacer penetrar la luz de la religion y de la ciencia, la verdad bajo todas sus formas, á través

de esa ruda corteza, que cubre sus mas nobles facultades? ¿Qué hacemos para arrancarle de la taberna, del garito, de la orgía? ¿Por qué la ley da tutor al niño, al jóven? ¿Es tal vez porque su cuerpo es débil? No: es porque es débil su razon. La del pobre lo es siempre; es menor toda la vida, y menor sin que haya nadie que se encargue de su tutela. De niño, de jóven, ni de adulto, ¿quién le enseña grandes verdades, ni le inspira elevadas ideas? ¿Quién vigila sus juegos ni sus diversiones, para que la necesidad de descanso no se convierta en fuente de corrupcion? ¡El descanso del pobre! Hé aquí su mas terrible enemigo. Tras de una semana de trabajo y de privaciones, el sábado por la noche no le preocupa la idea de madrugar al dia siguiente, y tiene dinero. ¡Qué tentacion! Allí está la taberna, donde entran sus amigos á gozar los únicos goces, que él comprende. Primero se bebe, se habla y se rie; despues se jura, se blasfema, se riñe; luego.... Dios perdone al pobre que peca, y al rico que no procura apartarle del pecado.

¡Cuántos vicios se evitarian, cuántos crímenes, nada mas que con pagar al jornalero el línes antes de entrar á trabajar, en vez del sábado cuando deja el trabajo! ¡Cuánto podria moralizarse al pobre, ocupándose en su dia de fiesta, tan fatal para él, y haciendo que lo distribuyese entre sus deberes de cristiano y sus entretenimientos de hombre racional. ¡El pobre, como los niños, se divierte con tan poco! Nosotros, al visitarle, no podemos evitar este abandono; pero debemos tenerle presente para ser tolerantes con los vicios del pobre, que tiene ménos elementos que nosotros para resistir á ellos.

La embriaguez, ó cuando ménos el abuso de los vinos y licores, es una de las causas la mas poderosa tal vez de los estravíos del pobre. Vemos, ó sabemos, que el que no tiene pan para el dia, emplea los pocos maravédises de que dispone, en el aguardiente de por la mañana. Esto nos indigna, inspirándonos acaso la idea de retirarle un sororro, que no merece quien gasta en vicios sus pocos recursos. Reflexionemos un poco antes de condenar sin apelacion.

El abuso de las bebidas espirituosas tiene su origen unas veces en la taberna, única distracción que halla el pobre, y otras en una ley fisiológica. Tengámoslo muy presente. Nosotros nos escandalizamos de que beba aguardiente el que no tiene pan, y los fisiólogos nos dicen que es una cosa natural y conforme con las leyes de nuestra organización. Las bebidas alcohólicas reaniman el cuerpo abatido por la miseria, dan vigor á toda la economía, embotan la sensación del hambre, producen un bienestar físico y moral, que el miserable no puede conseguir de otro modo. Este vigor artificialmente adquirido pasa luego, la reacción viene después, y el desdichado busca nueva fuerza en un nuevo estímulo. Este medio violento es fatal para la salud, que no tarda en resentirse: del uso se pasa al abuso; el hábito adquirido en la miseria se conserva, aun cuando se haya mejorado de posición, y la enfermedad y el vicio degradan el cuerpo y pierden el alma del que se abandona á la embriaguez.

Pero en muchos casos, no lo olvidemos,

su origen está en una propensión natural, en una ley fisiológica, que nos manda reparar nuestras fuerzas ante todo, buscar alimento á la combustión que da calor á nuestros miembros, aunque á la larga el combustible haya de ser fatal.

Seamos, pues, tolerantes, muy tolerantes con los vicios cuyo origen es una desgracia.

V.

El pobre es ingrato.

En vez de exclamar ¡el pobre es ingrato, hablaríamos con mas exactitud diciendo, que el hombre en general no es muy agradecido. ¿Son tan raros los ejemplos de ingratitud entre las personas bien acomodadas? Por desgracia son mas fáciles de contar los que recuerdan los beneficios que los que los olvidan.

El pobre, decimos, se acostumbra á recibir el bien que se le hace, como si se le debiera de justicia. ¡Y nosotros no creemos

que se nos debe el bien que recibimos? ¿Somos muy escrupulosos para investigar si es merecido?

Hay dos razones para que el pobre nos parezca ménos agradecido, que lo que es realmente. La primera lo brusco de su lenguaje, la dificultad que halla en expresarse de una manera parecida á la nuestra, lo poco habituado que está á la expansion de los afectos benévolos, de que tan rara vez es objeto: tambien necesita educarse la gratitud. La segunda causa es, que á veces damos el nombre de favor á la justicia, y creemos de muy buena fé que fuimos buenos y generosos, cuando realmente no hemos sido mas que justos.

Sin duda, que aun reduciendo su número conforme la razon manda, quedarán entre los pobres muchos ingratos; la ingratitud nos afligirá, es natural, pero no debe producir en nosotros cólera ni desaliento. Si no hallase mas que critauras agradecidas, resignadas, prontas á enmendarse, ¿dónde estaria el mérito del visitador del pobre? ¿Dónde su virtud? ¿Qué premio en el cielo, qué res-

peto en la tierra mereceria el que marchase tranquilamente por un camino, donde no hubiera abrojos ni precipicios, derramando bienes á derecha é izquierda, sin esfuerzo alguno de su parte? La ingratitud es una prueba: sufrámosla, y dichoso el que no la merezca como castigo.

Pero si ante Dios la ingratitud es un gran pecado, respecto de nosotros ¿no debe considerarse como una gran desventura? Si hemos sufrido en la vida, si una mano piadosa ha venido á consolarnos, si hemos derramado las dulcísimas lágrimas de la gratitud, bien celestial de los tristes, léjos de irritarnos contra el ingrato, le compadeceremos, como al que le falta un miembro ó un sentido, y diremos al dejarle: ¡Infeliz! ¡tiene la desgracia de no agradecer!

Estas reflexiones que hacemos sobre las faltas del pobre, no significan que debamos sancionarlas; por el contrario, combatámoslas sin descanso; pero debemos llevar á esta lucha calma, tolerancia, verdadero conocimiento del origen y extension del mal que queremos remediar, en una palabra, espíritu

de caridad. El pobre no se corrige por acriminar sus vicios, y darle para su enmienda facilidades, que no existen; al contrario, con esta conducta se le exaspera y se desalienta. Todos tenemos conciencia y propension á reconocer nuestras faltas; pero si se exajeran, el amor propio y el espíritu de justicia toman la iniciativa, la pasión hace oír su voz, y empezando por defender nuestro derecho, concluimos por defender nuestra culpa.

Meditemos bien la parte de responsabilidad que cabe al pobre en sus faltas, y aun restemos caritativamente algo, seguros de que no hay como hacerle gracia, para que él se haga justicia. Cuando tratemos del remedio, no soñemos facilidades que no existen, que conducen á exigencias absurdas é injustos cargos. Para que una cosa difícil se haga imposible, no hay como pintarla fácil.

El pobre se extravía, necesita toda su fuerza para volver al buen camino: si le pintamos su enmienda como cosa que no exige sino un leve esfuerzo, le hace, y viéndole inútil, desconfía de nosotros y de sí mismo, se desalienta y se exaspera, pensando en que

le engañamos acerca de las grandes dificultades que tiene que vencer, ó que negamos justicia al mérito de haberlas vencido. Esto no lo expresa tal vez con claridad, pero lo siente, y tiene una frase con que muy á menudo formula nuestros errores: *¡Los señores no saben lo que son trabajos!*

Que nunca digan esto nuestros pobres. Procuremos, por el contrario, que el desdichado repita estas palabras como una bendición: *¡Parece que los señores han sido pobres, según nos comprenden y nos disculpan y nos consuelan!*

CAPITULO IV.

DE NUESTRO EXTERIOR AL VISITAR AL POBRE.

Hay personas de elevada categoría, que casi podría decirse que se disfrazan para ir á visitar al pobre; tan modesto es el traje que para esta buena obra usan. Nunca se elogiará bastante su conducta, que debe pro-